FILOSOFIA Y VALORES MASONICOS

El nombre del autor de esta Plancha no consta en nuestros archivos, por lo que nos disculpamos y rogamos su identificación para otorgarle los méritos que le corresponden.

Escultura "La Verdad revelada" por Gian Lorenzo Bernini (1598-1680)

Introducción.

La Francmasonería es, en esencia y por antonomasia, una institución iniciática. Hay que entender que la iniciación en nuestros templos tiende a provocar un cambio profundo en la vida moral y existencial de los iniciados. Esta transformación pretende transformar al hombre corriente, promedio, en un hombre nuevo, digno y selecto. Para ello se vale de la muerte iniciática con el sentido de una conversión, muerte a una vida sin reflexión, sin examen, para dar paso a una nueva vida de reflexión ética, de práctica de la virtud y de conquista de la sabiduría, que es ese anhelo de perfección que cada cual le corresponde aceptar y realizar. Y que consiste en un cuestionarse a sí mismo porque se tendrá el sentimiento de no ser lo que se debería ser. La iniciación es un acto que consiste en pasar de un estado

confuso de conciencia, mudable, tempestuoso y obscuro a otro de silencio, firmeza, paz y luminosidad. Esto significa que todas las cosas que parecen males a nuestros ojos, como la muerte, las enfermedades y la pobreza no son males, porque descubrimos que no hay más que un mal: la falta moral y, no hay más que un solo bien, un solo valor, la voluntad de hacer el bien, por cada uno de nosotros y por la humanidad, lo que supone que no nos negamos a examinar siempre rigurosamente nuestra manera de vivir, a fin de ver si siempre está dirigida e inspirada por este voluntad de hacer el bien.

Es necesario que el modo de vida se justifique en un discurso racional y motivado. Este discurso es inseparable del modo de vida. Sobre todo, se requerirá una reflexión crítica acerca de cualquier verdad trascendental, última y prefabricada, presentada como salvadora del mundo y que justifique tal o cual forma de vida. Entonces habrá que esforzarse por explicitar las razones por las cuales se actúa de tal o cual manera y reflexionar sobre la propia experiencia y la de los demás. Sin esta reflexión, la vida masónica corre el riesgo de caer en la trivialidad. Sin embargo vivir como masón es precisamente también reflexionar, razonar, conceptuar, de una manera rigurosa, es decir, "pensar por uno mismo". La vida masónica es una búsqueda que jamás termina. Sin filosofía no se puede entender nada del mundo en que vivimos. Simplemente porque la práctica de la totalidad de nuestros pensamientos, de nuestras convicciones y también de nuestros valores se inscriben, sin que nosotros seamos conscientes en todo momento, en el marco de alguna de las grandes visiones del mundo elaboradas y estructuradas por el hilo que recorre la historia de las ideas. Por ejemplo: aprender a vivir, dejar de temer en vano los diversos rostros de la muerte o simplemente, aprender a superar la banalidad de la vida cotidiana, el aburrimiento y el tiempo que transcurre inexorablemente, éste fue el primer objetivo que se fijaron las escuelas filosóficas de la antigua Grecia. El Gran Arquitecto del Universo tiene su fundamento en la filosofía griega, en lo que ellos denominaban "cosmo", que no era otra cosa más que la esencia íntima del mundo: la armonía, el orden justo y bello. Y era lo divino. Por lo tanto esta divinidad, que no tiene nada que ver con un Dios personal, sino que consistía en el orden del mundo, la cual había que saber contemplar, porque la estructura del universo no sólo era divina, sino también racional, conforme a lo que los griegos denominaban "logos" y con el que se hace referencia precisamente a esa admirable ordenación de las cosas; y de la cual nuestra razón va a demostrar ser capaz, precisamente mediante el ejercicio de la teoría, de comprender el universo y de descifrarlo.

Cuando se demuestra que una teoría científica es falsa, cuando, o, cuando se refuta a través de otra manifiestamente más verdadera, cae en desuso y ya no interesa a nadie, salvo a algunos eruditos. Pero las grandes cuestiones filosóficas sobre saber vivir, que se formularon en la noche de los tiempos, siguen estando presentes. Existen propuestas sobre cómo se puede entender la vida, actitudes que se adoptan ante la existencia que nos siguen hablando a través de los siglos y que nada puede convertir en obsoletas.

Filosofía y valores masónicos

El ser humano es mortal, vale decir, es un ser finito, limitado en el espacio y en el tiempo. Pero a diferencia de los animales, es el único ser que tiene conciencia de sus límites. Sabe que va a morir y que también morirán sus seres queridos. No puede evitar hacerse preguntas ante una "situación límite" que, a priori, resulta inquietante, por no decir absurda o insoportable. Y es desde este trauma donde surge la necesidad de ser salvado o sentir que no se muere definitivamente. Es en este punto donde se diferencia un fracmasón de un creyente, pues éste último, encuentra fuera de él su salvación, le basta tener fe en un ser superior que finalmente lo salvará, en cambio, el francmasón descubre que él es un ser finito y es consciente de que su tiempo es limitado, de que lo irreparable no es una ilusión y reflexiona sobre lo que debe hacer en su corta vida. Además percibe que para vivir bien, para vivir en libertad, para ser capaz de experimentar felicidad, generosidad y amor, debe en primer lugar vencer el temor, pues la angustia impide vivir bien, ser feliz y sentirse libre. Y si la religión calma la angustia convirtiendo la muerte en una ilusión, se arriesga a hacerlo al precio de la libertad de pensamiento, que nosotros sostenemos y luchamos por mantener. Porque siempre exige que, en mayor o menor medida, y como contrapartida al sosiego que pretende procurar, se abandone la razón para hacer sitio a la fe, que se abandone el espíritu crítico para poder creer. Pero hay más, el bienestar no es el único ideal sobre la tierra. La libertad también es otro. Filosofar en lugar de creer supone, en el fondo, preferir la lucidez al confort, la libertad a la fe.

Filosofía y religión son dos formas antagónicas de abordar el problema de la salvación. Para el religioso básicamente basta con creer, pues en el ámbito de la fe opera la alquimia por la gracia de Dios. De cara a Aquel que ellos consideran el Ser supremo, Aquel del que todo depende, nos invitan a adoptar una actitud que resumen en dos palabras: confianza y humildad. Ésta es la razón por la que consideran que la filosofía, que invita a recorrer el camino contrario, raya en lo diabólico. Partiendo de este punto de vista, la teología cristiana se adentra en una reflexión profunda sobre "las tentaciones del diablo". El demonio, a menudo descrito por una Iglesia deseosa de afianzar su autoridad, no es aquel que nos aparta en el plano moral del buen camino, apelando a la debilidad de la carne. Es el que, en el plano espiritual, hace todo lo posible por separarnos del vínculo vertical que liga a los auténticos creyentes con Dios, salvándolos de la desolación y la muerte. El diablo no se contenta con enfrentar a los hombres entre sí, haciendo, por ejemplo, que se odien o se declaren la guerra, sino que separa al hombre de Dios y le libera así de todas las angustias que la fe no ha logrado sanar. Un teólogo dogmático considera que la filosofía es la obra del diablo por excelencia, porque incita a los hombres a apartarse de sus

creencias para usar su razón, su espíritu crítico y, al hacerlo, adentrarse sin darse cuenta en el ámbito de la duda, que es el primer paso para alejarse de la tutela divina.

En las primeras páginas de la Biblia, en el relato del Génesis, es la serpiente la que juega el papel del Maligno cuando lleva a Adán y Eva a dudar de la bondad de los mandamientos divinos que les impedían tocar el fruto prohibido. Si la serpiente quería que los dos primeros seres humanos se hicieran preguntas y probaran la manzana era con el único fin de que desobedecieran a Dios, porque sabía que al separarlos de Él podría inflingirles todos los tormentos inherentes a la vida de los simples mortales. Es en el momento de la "caída", de la expulsión del paraíso original –donde Adán y Eva vivían felices, sin miedo alguno, en armonía tanto con la naturaleza como con Dios- cuando aparecen las primeras formas de angustia. Todas ellas están ligadas al hecho de que tras esa "caída", a su vez directamente vinculada a la duda sobre la pertinencia de los mandatos divinos, los hombres se convierten en mortales.

Por eso la Orden se define como iniciática, filosófica y ética, ya que la filosofía también pretende salvarnos, sino de la muerte misma, al meno de la angustia que nos inspira, pero conociendo el mundo, comprendiéndonos a nosotros mismos y a los demás en la medida que nos lo permite nuestra inteligencia, podemos llegar a superar los miedos, pero más que desde una fe ciega, desde nuestra lucidez, desde nuestra libertad.

Generalmente, cuando mencionamos libertad hacemos mención al libre albedrío que es la capacidad de determinarse a sí mismo sin estar determinado por nada. En este sentido lo que yo hago, mi existencia, no está determinado por lo que soy, mi esencia, sino que más bien lo crea, o lo elige libremente. El concepto de libertad comporta la exigencia de una autonomía absoluta. Una acción libre es la producción absolutamente nueva, cuyo germen no está en ningún estado anterior del mundo, por lo tanto, libertad y creación no son sino una y la misma cosa. Sartre lo planteó muy bien. "Si la existencia precede a la esencia: si el hombre es libre es porque antes no es nada y porque no se convierte más que en lo que hace de sí mismo"; lo que finalmente viene a ser que, "cada persona es una elección absoluta de sí misma". Es la libertad original, que precede a toda elección y de la que depende toda elección. Esta libertad es absoluta o no es nada. Es la capacidad indeterminada de determinarse a sí mismo, o, dicho de otro modo, la libre capacidad de crearse a sí mismo. Esto no es todo. Pues también el pensamiento es un acto: hacer lo que uno quiere también puede ser pensar lo que uno quiere. Esto plantea el problema de la libertad de pensamiento. El problema coincide parcialmente con el da la libertad de acción y, por lo tanto, con el de la libertad en sentido político: libertad de pensamiento y todo lo que ésta implica: libertad de información, de expresión, de discusión, etc., es uno de los derechos del hombre y una de las exigencias de la democracia.

Cuando razono, no dependo de ninguna determinación exterior a mí: pienso lo que quiero, es decir, lo que sé o creo que es verdad. Sin este saber, ninguna libertad puede ser realidad. Si el espíritu no tuviera acceso alguno, siquiera parcial, a la verdad, permanecería prisionero de sí mismo: sus razonamientos no serían más que un delirio cualquiera, y el pensamiento no sería más que un síntoma. La razón es lo que nos distancia de ello. Es ella la que nos libera de nosotros mismos y nos abre a lo universal. Por eso ningún tirano ama la verdad. Por eso ningún tirano ama la razón. Porque éstas no obedecen más que a sí mismas: porque son libres. No es, ciertamente, porque podamos pensar cualquier cosa, sino porque la necesidad de la verdad es la definición misma de su independencia.

Libertad del espíritu: libertad de la razón. No se trata de una libre elección; es una libre necesidad. Es la libertad de lo verdadero, o la verdad como libertad. Ser libre, en el verdadero sentido del término, es no estar sometido sino a la propia necesidad, explicaba Spinoza: por eso la razón es libre y liberadora.

La libertad es un misterio, al igual que un problema: jamás podremos probarla, ni comprenderla totalmente. Este misterio nos constituye; y por eso cada uno de nosotros es también un misterio para sí mismo. La libertad de acción, la espontaneidad de la voluntad y la libre necesidad de la razón. Lo común a estas tres formas de libertad es que, para nosotros, sólo existen relativamente, pues somos más o menos libres de actuar, de querer, de conocer, y esto delimita suficientemente el problema: no se trata tanto de saber si es absolutamente libre, cuanto de comprender cómo podemos llegar a serlo. El libre albedrío, que es un misterio, importa menos que la liberación, que es un proceso, una meta y un trabajo.

No nacemos libres, llegamos a serlo, y por esta razón la libertad jamás es absoluta, ni infinita, ni definitiva, somos más o menos libres y, sin duda, nos esforzamos por llegar a ser lo más libres posible, única razón de ser de nuestros talleres. Nos damos cuenta que la libertad no es solamente un misterio; es también un fin y un ideal. Que el misterio no pueda esclarecerse completamente no impide que el ideal nos ilumine. Que no podamos alcanzar totalmente ese fin no impide que tendamos o nos acerquemos a él. Hemos de aprender a liberarnos. Es la sabiduría que nos exigimos como francmasones.

Y finalmente que entenderemos por sabiduría. Si la filosofía etimológicamente es amor a la sabiduría, debería autoanularse para dejar sitio, en la medida de lo posible, a la sabiduría misma, que es, sin duda, el fundamento de todo filosofar. Pues ser sabio no consiste, por definición, en amar o buscar el ser. Ser sabio supone simplemente vivir sabiamente, feliz y libre en la medida de lo posible, tras vencer, finalmente, los miedos que la finitud despierta en nosotros. La sabiduría tiene mucho que ver con el pensamiento, con la inteligencia, con el conocimiento, esto es, con

determinado tipo de saber. Ahora bien, se trata de un saber muy particular, de un saber que ninguna ciencia expone, que ninguna demostración prueba, que ningún laboratorio puede comprobar o verificar, que ningún diploma acredita. Y es que no se trata de teoría, sino de práctica. No se trata de pruebas, sino de experiencia. No se trata de experimentos, sino de práctica. No se trata de ciencia, sino de vida.

Descartes decía que sabiduría es "Juzgar correctamente para obrar correctamente". Es probable que unos estén mejor capacitados para la contemplación y otros para la acción. Pero ninguna facultad garantiza ser sabio: éstos deberán aprender a ver, aquéllos a querer. La inteligencia no basta. La cultura no basta. La habilidad no basta. Aristóteles decía: "La sabiduría no puede ser ni una ciencia ni una técnica", pues se refiere menos a la verdad que al bien, para sí mismo y para los demás. Ciertamente es un saber, pero un saber vivir.

Esto es lo que distingue a la sabiduría de la filosofía, que consistiría más bien en saber pensar. Pero la filosofía sólo tiene sentido en la medida en que nos acerca a la sabiduría: se trata de pensar correctamente para vivir rectamente, y sólo esto es verdaderamente filosofar. Montaigne decía: "La filosofía nos enseña a vivir". ¿Acaso no sabemos vivir? Ciertamente: ¡Necesitamos filosofar, porque no somos sabios! La sabiduría es la meta; la filosofía, el camino.

El que la vida sea tan difícil, frágil, peligrosa y valiosa como efectivamente es, constituye una razón de más para filosofar lo antes posible o, dicho de otro modo, para aprender a vivir, en la medida de lo posible, antes de que sea demasiado tarde. Pero el fin no es la filosofía misma. El fin es una vida más lúcida, más libre, más feliz, más sabia. Kant convertirá en lema de la ilustración una cita de Horacio que decía: ¿Atrévete a saber, atrévete a ser sabio, empieza!

Por eso hemos de filosofar: porque nadie puede pensar ni vivir por nosotros. En La historia de la filosofía constatamos que los filósofos hablan de distintos tipos de sabiduría. Pero en lo que los filósofos sí están de acuerdo, al menos casi todos, , es en la idea de que la sabiduría se reconoce en cierta felicidad, en cierta serenidad, digamos que en cierta paz interior, pero gozosa y lúcida, la cual no es posible sin un uso riguroso de la razón. Es lo contrario de la angustia, de la locura, de la desdicha. Por eso hemos de filosofar. Porque no sabemos vivir. Porque hemos de aprender. Porque la angustia, la locura o la desdicha nos amenazan constantemente.

Parece ser la estupidez el mal más contrario a la sabiduría, pero la inteligencia sólo se aproxima a la sabiduría en la medida en que transforma nuestra existencia, la ilumina, la guía. No se trata de escribir libros, ni inventar sistemas filosóficos. No basta con saber manejar conceptos; estos son solamente medios. El fin, el único fin, es pensar y vivir un poco mejor, o

no tan mal. Y he aquí un punto central de la filosofía que se resume en una pregunta: ¿Cómo he de vivir? La respuesta sería la sabiduría, pero una sabiduría encarnada, vivida, en acto, que corresponde a cada masón inventar la suya. Éste es el punto en el que la ética, que es un arte de vivir, se distingue de la moral, que se refiere únicamente a nuestros deberes. Es evidente que ambas pueden y deben ir juntas: preguntarse cómo vivir, es también preguntarse que lugar hemos de conceder a nuestros deberes. Pero no por ello dejan de ser distintas. La moral culmina en la virtud o en la santidad; la ética en la sabiduría o en la felicidad. Ningún no es suficiente, y por eso necesitamos la sabiduría: porque la moral no basta, porque el deber no basta, porque la virtud no basta. Nadie se contenta con sus prohibiciones. El amor, el conocimiento y la libertad son más valiosos. Se trata de decir sí. Sí a uno mismo, sí a los otros, sí al mundo, y esto es sabiduría.

Esto no impide la rebelión. Decir sí al mundo es también decir sí a la propia rebelión, que es parte del mundo, a la propia acción, que también es parte del mundo. Esto es presupone trabajar con lo que es. Nadie puede actuar de otra forma, ni avanzar de otra forma. Ninguna utopía es sabia. No hemos de soñar el mundo, hemos de transformarlo. Por esto la sabiduría es cierta relación con la verdad y la acción. Es un conocimiento en acto y activo. Ver las cosas tal como son; saber lo que se quiere. No engañarse a uno mismo. No fingir. No interpretar un papel trágico. Conocer y aceptar. Comprender y transformar. Resistir y superar. Pues nadie puede afrontar más que aquello cuya existencia ha aceptado primero. La realidad hay que tomarla o dejarla, pero nadie puede transformarla si primero no la toma. ¿Cómo podemos combatir la injusticia, si primero no reconocemos que existe? Aceptar lo que no depende de nosotros, hacer lo que depende de nosotros. Vale decir: conocer, comprender, actuar. El sabio es un hombre de acción, mientras que normalmente nosotros sólo sabemos esperar y lamentar. El sabio afronta lo que es, mientras que normalmente nosotros sólo sabemos esperar lo que todavía no es, y echar en falta lo que no es o lo que ya no es. Un sabio oriental decía: "Lo que acabó es ya pasado, no existe ahora. Lo que ha de llegar es futuro, no existe ahora. Entonces ¿qué existe? Lo que es aquí y ahora. Permaneced en el presente: ¡actuad, actuad, actuad! Esto es vivir la vida, en vez de esperar vivirla. Y salvarse, en la medida en que seamos capaces de hacer, en lugar de esperar la salvación.

Finalmente, no vamos a cometer el error de hacer de la sabiduría un ideal más de la masonería, que nos separe de la realidad. La sabiduría no es otra vida que hayamos de esperar o alcanzar. Es la verdad de esta vida, que hemos de conocer y amar. En la vida nunca se acaba de aprender, en la Orden nunca se deja de ser aprendiz.